

datos que se han recogido hasta ahora, merecen ser conservados en un *Museo*, mientras llega el día en que vayan á ocupar su lugar en obras mas dignas de su grandeza y magnificencia. Este es, pues, el primer objeto de un periódico que espera hacerse digno del nombre de mexicano, por las publicaciones importantísimas que hará sobre la mineralogía, la botánica, la zoología, las antigüedades, la bibliografía y la historia de nuestro país.

También se presentarán en él sucesivamente y alternadas con artículos de otras materias, para evitar la monotonía, las biografías de todos los mexicanos que se han hecho célebres entre nosotros, dando los retratos de la mayor parte de ellos. En este trabajo se emplearán los numerosos materiales reunidos para la publicación de un *Diccionario biográfico de mexicanos célebres*, obra que quedando completamente incluida en El *MUSEO*, lo hará agradable á todos los mexicanos que aman los recuerdos de su país y estiman la memoria de los que en él se han distinguido por sus luces y sus virtudes.

Además, habitantes de un país que tanto abunda en objetos interesantes, la literatura enriquecerá nuestras páginas con la brillante descripción de los sitios mas pintorescos, de los monumentos mas asombrosos, de los lugares mas célebres que existan en México. Risueña y brillante la naturaleza entre nosotros, produce mil sentimientos indefinibles, mil emociones fecundas, que han sido ya sentidas y expresadas por el talento de nuestros poetas y literatos. Sus producciones, pues, amenizarán también nuestras páginas, sea que celebren esa naturaleza portentosa, que recuerden nuestros fastos nacionales, ó que expresen los sentimientos ardientes y elevados del corazón. En una palabra, la bella literatura será uno de los predilectos objetos del *MUSEO*; en el que diremos, por fin, que se reunirá una coleccion tan amena y variada, como lo reclama su título, siendo la mayor parte de los artículos del todo originales, y los mas destinados á objetos de nuestro país.

La redaccion no espera en sus débiles luces; mas confia en la cooperacion generosa que le ha ofrecido personas de una capacidad notoria, y se lisonjea sobre todo, con que haciendo este registro, en el que pueden con tanta facilidad consignarse las observaciones de nuestros sábios y las inspiraciones de nuestros literatos, contará igualmente con la cooperacion de las personas ilustradas de la república, á las que fuera inútil expresar el aprecio con que sus producciones serán recibidas.

En cuanto á la parte tipográfica, debemos advertir á nuestros lectores, que será hermoseada, evitando claros inútiles, para que la edicion, tanto por lo reducido de la letra, como por el mayor tamaño de las páginas, y por aquella circunstancia, pueda contener en el número una tercera parte mas del material que se empleaba en el *Mosaico mexicano*. Las litografías y grabados alternarán en esta publicacion, y procuraremos que algunas de las primeras vayan iluminadas, pues solo de esta manera se puede dar una idea exacta sobre plantas, animales y otros objetos de historia natural.

Si estos trabajos llegan á merecer el aprecio de los mexicanos ilustrados, verán en esto recompensadas liberalmente sus tareas

Los Redactores.



LA CIENCIA UNIVERSAL.

ECISTEN en la historia del entendimiento humano fenómenos al parecer sencillos, hechos que á primera vista se explican con facilidad, y que con todo, escaminados detenidamente dan materia á reflexiones profundas y desenvuelven fructuosas lecciones. Tal es la Ciencia universal.

En todas las épocas de la historia, en todos los países del mundo han aparecido hombres que se jactaban de poseerla; sacerdotes, filósofos, y aun charlatanes que se presentaban como depósitos vivos de cuanto la inteligencia humana podia comprender; hombres para los que el inmenso libro del universo estaba abierto, claro y descifrado en todas sus partes, sin un arcano, sin un misterio. ¡Dementemente vanidad ha sido esta por cierto, se dice luego; y apenas puede concebirse cómo el orgullo humano llegue á tal exceso, cuando todo lo que nos rodea, todo lo que en nuestro interior mismo pasa, revela tan claramente la ignorancia y la miseria del hombre!

Si la Ciencia universal hubiera sido solo la pretension de los hombres, que en una tribu salvaje ó en una sociedad incipiente pretendieran arrastrar y seducir á la multitud, este suceso ninguna dificultad envolveria; porque aun sin recurrir á la impostura, se concibe perfectamente que en un tal estado, el conjunto todo de los conocimientos religiosos, políticos, morales, físicos y de toda otra clase que puede alcanzar un pueblo semicivilizado, es tan reducido que un hombre podia reunirlos todos fácilmente y aparecer como un semi-sábio por su sabiduría, ante la profunda ignorancia y los miserables errores de una multitud bárbara.

Mas cuando nos vemos precisados á reconocer que la Ciencia universal ha sido buscada en los pueblos mas cultos de la tierra, en las épocas en que el entendimiento hacia mayores progresos y por filósofos ilustres sobre los que la nota de impostura no ha debido recae, como tampoco la de superficialidad; cuando miramos que desde los mas antiguos sistemas religiosos hasta los últimos esfuerzos de los mas ilustres filósofos de la edad, el espíritu humano nunca ha dejado de luchar por descubrir un solo principio, una sola ciencia que comprendiera las demas y que seria por tanto la Ciencia universal; entonces separando la impostura de los charlatanes de la arrogancia de los filósofos, pensamos naturalmente en que este estado, tantas veces estraviado, envolveria en el fondo una gran verdad, un misterio profundo, que me parece no fuera difícil explicar con solo decir que esa tendencia tan constante, no ha sido mas que una revelacion íntima de la unidad del universo, de la unidad de sus leyes inmutables, de la unidad de la verdad, en una palabra.

Para el Ser que todo lo ha creado, para el que con un acto de su voluntad sacó el mundo de la nada, cuanto existiese, cuanto pasase, ¡con qué claridad, con qué sencillez no se le presentará? Todos los seres, su existencia, sus leyes, sus relaciones; todas estas cosas de las que algunas á nosotros mismos se nos han presentado tantas veces en una simplicidad magnífica, ¿cómo dejarían de ofrecérsele cual los simples efectos de una ley sencilla y sencilla, emanada de su sabiduría fecunda?

Por cierto que el hombre no la comprenderá, pues que jamas se igualará á Dios: miles de las

cosas que existen quedarán siempre ocultas para él, y las mismas que le están sometidas no se le presentan sino en sus combinaciones últimas, bajo sus formas más secundarias y puramente estereotipadas; pero luego que él ha presentado este orden prodigioso en el que una verdad nace de otra, ésta de un principio, y el principio de un axioma, ha debido naturalmente sospechar que estos axiomas mismos, que los últimos principios que él descubría podían referirse todavía á un principio más universal y más sencillo: la experiencia confirmaba además su juicio. Por ejemplo, en las ciencias exactas ¿qué se podía dar como más simple y más sencillo, que la demostración de una operación aritmética? Durante muchos siglos se creyó por esto, que nada había más que descubrir, y con todo luego la álgebra vino á dar en una sencilla ley la razón de todas las operaciones de una misma clase que pudieran hacerse: después la invención del cálculo infinitesimal generalizó asombrosamente las mismas verdades del álgebra; y si se ha de creer á la escuela alemana, los teoremas más elevados de los sábios profesores franceses é ingleses, no son más que consecuencias secundarias de principios todavía mucho más generales descubiertos por ella.

Lo mismo sucede en las demás ciencias: cada paso que se adelanta contribuye á simplificar sus principios y á extender sus consecuencias. ¿Cómo, pues, dejar de pensar en la mayor simplificación de las ciencias? Cuando en esta escala inmensa cuyos lados convergen en un solo punto, el hombre ha dado tales pasos que el lugar que antes ocupaba queda ya muy distante de él, ¿qué hoy se encuentra, ¿por qué se desalentaría en la carrera? Mientras más adelante, más se acercará al punto en que todos los radios se tocan.

Mas en el progreso de las ciencias no solo se han simplificado y consiguientemente generalizado los principios que las constituyen, sino que se han tocado las unas con las otras en la proporción misma en la que adelantaban, resultando no solo que se ilustraran mutuamente cuando pertenecían á un mismo género, sino también cuando al parecer tenían menos relación ó eran del todo extrañas. ¿Qué prodigios se presentan hoy bajo este aspecto!

Poco más ha de cien años que el genio inmenso de Pascal, para distraerse de sus profundas meditaciones y divirtiéndose como en un juego de niños, se ocupaba de resolver la sutil cuestión de uno de sus amigos que le consultaba sobre las ventajas de una partida de juegos; y sus indagaciones produjeron el cálculo de las probabilidades, es decir, una nueva ciencia, y ciencia que iba á ejercer sobre las otras una influencia inmensa. Prescindamos de que ella ha extendido asombrosamente la esfera del cálculo, resuelto numerosos problemas, y comprobado verdades que antes no tenían pruebas, ¿quién hubiera dicho á los

legisladores de las naciones, á los filósofos que se ocupaban con tison en precaver á la inocencia de los peligros de un juicio inicu, que el cálculo de las probabilidades como una antorchadisparría las tinieblas profundas de la jurisprudencia, dando reglas rigurosamente matemáticas para apreciar la probabilidad de los juicios y la credibilidad de las pruebas? ¿Quién hubiera de decir que una página de Laplace ó de Poisson llena de cifras matemáticas y de ecuaciones algebraicas, valdría más que esos inmensos volúmenes destinados á la indagación de las mismas verdades? ¿Y cuántos otros ejemplos de la misma naturaleza pudieran presentarse! La medicina no ha ilustrado á la moral, á la historia y á la legislación. ¿No ha desterrado en ellas mil y mil errores? ¿Y qué no debe la medicina á la química y á la física? ¿Ni qué serían la física y la química sin las matemáticas!

De esta manera, el hombre observaba no solo que todo adelanto en una ciencia producía la simplificación de sus principios, sino lo que era aún más importante, el conocimiento de su analogía con otros principios, que antes le parecían del todo extraños, y entonces ya ¿cómo dejaría de reconocer plenamente la unidad del universo? ¿Por qué temería errar pensando que no había más que una verdad y una ciencia, y que todas las clasificaciones que él reconocía como diversas ciencias no eran más que las divisiones ó partes de una sola ciencia, de la Ciencia universal! ¿Qué importaba que él no la comprendiese, ni fuera capaz de alcanzarla, cuando sabía muy bien que la comprensión de su entendimiento no era por cierto la medida de la sabiduría infinita de Dios?

No, sin duda el error del hombre, la obra del orgullo, la manifestación de su miseria, no ha sido la proclamación de la Ciencia universal, sino la pretensión de poseerla, el delirio de haberla alcanzado. Proclamando lo primero, reconocía á Dios; diciendo lo segundo, se anublaba él mismo como un Dios: ¿qué hay de común entre estas dos cosas, entre la religión y la impostura!

Nada es cierto; y los filósofos dignos de este nombre, la mayor parte de los sábios que han buscado y preconizado el principio universal, han estado muy lejos de creer que sabían su secreto.

Tal vez esa serpiente en figura de círculo, en la que se ha creído ver el geroglífico de la eternidad que entra en sí misma, no ha sido más que el símbolo de la Ciencia universal, de la ciencia de Dios, que todo lo abrazaba y en la que los diversos radios, partiendo de todas direcciones, se reunían, concentrándose en un solo punto. La historia de esos pueblos antiguos, cuna de las luces y de la religión, encierra profundos misterios para nosotros; mas al leer la sublime inscripción del templo de Sais, aquel "Yo soy lo que ha sido, lo que es y lo que será, y nadie ha levantado

de el velo que me cubre"; no se cree leer un símbolo magnífico del universo, de sus leyes, de la sabiduría de su Autor, de su Autor mismo! ¿Qué sublime monumento de las indagaciones de un pueblo perdido! ¿Cuán grandes y cuán sublimes aparecen el pensamiento estinguído de muchas generaciones, la ciencia olvidada de muchos siglos, dejando en una inscripción todo el resultado de sus esfuerzos y sus tradiciones, la confesión unánime de la ciencia y de la religión, la grandeza de Dios y la nada del hombre!

Herederos de las tradiciones y del saber de los pueblos antiguos, los griegos también buscaron una Ciencia universal; de suerte, que casi todas las sectas de filosofía conocidas entre ellos, se fundaban sobre un sistema inventado para explicar las leyes generales y unitarias del mundo. Anaximandro sostenía, que el infinito era la causa y el elemento de todas las cosas; Pitágoras buscaba esas causas en los números y en sus combinaciones, como si presintiese la grandeza y fecundidad á que un día llegarían las verdades matemáticas; y Platon, elevándose hasta lo más sublime del idealismo, fundó una escuela que ha pasado al través de todos los siglos, y que hoy mismo se reconoce en la filosofía alemana. Aristóteles en fin, el más vasto y prodigioso genio de la antigüedad, reconoció mil veces ese principio misterioso que tan sensible debía ser para un filósofo, cuya profundidad de ideas era igual á la universalidad de sus conocimientos.

Estas creencias pasaron á los latinos, que no fueron más que discípulos de los griegos; y se bien conocido el hermoso pasaje en el que Ciceron pintaba á todos los conocimientos humanos, como los diversos anillos de una sola cadena.

Las ciencias se corrompieron, degeneraron, se vieron próximas á perderse, y se levantaron después á una altura que jamás tuvieron: han recorrido mil diversas faces, han pasado por mil ensayos, sancionado incontables doctrinas, falsas las unas, verdaderas las otras, dudosas las mas; pero la revelación del gran principio ha sido siempre el sello del genio. En la misma edad media, quizá más que en ningún otro tiempo, se vieron emprender asiduos estudios é indagaciones asombrosamente laboriosas, para adquirir aquella universalidad que ha dejado su nombre en los establecimientos científicos de esa época. Entonces la erudición substituyó á la profundidad, y se creyó que la Ciencia universal no consistía en un gran principio, sino en la compilación de los conocimientos separados y sin enlace que se obtenían en aquella época, reunion que Pico de la Mirandola anunció con tanta pompa, presentándose en Roma á disputar de omni scibile.

Hoy nadie haría esto: la simple noticia de semejante arrogancia, perdería la mejor reputación. Establecida la filosofía moderna, un es-

crúpulo en su criterio, como vasta en su comprensión, nadie se jacta ya de la universalidad. Los talentos polígotos, los pretendientes de la Ciencia universal, esos hombres afortunados que poseen veinte idiomas, que juzgan de todas las literaturas, fallan sobre todos los sistemas, y califican á todos los filósofos, han quedado para satisfacer la necia credulidad del vulgo de las aldeas; pero los hombres sábios, reconociendo la incapacidad del hombre para conocerlo todo, se han humillado de nuevo ante la unidad misteriosa de las ciencias. Cada uno ha aspirado á dar un paso en la simplificación de los principios de ellas, en el conocimiento de su mútuo enlace, y en la clasificación de sus partes; en la immortalidad es el premio de los que han logrado señalarse en esta difícil carrera, y Bacon, Descartes, Newton, Leibnitz, Kant y tantos otros, han venido á igualar los unos, y á eclipsar los otros la gloria de los filósofos que la antigüedad reverenciaba como á dioses.

Justo es, pues, despreciar la erudición superficial que hace de un hombre un compendio enciclopédico, en el que la estension está en razon inversa de la profundidad; pero la creencia de una ciencia universal, el misterio de la unidad del mundo, son pensamientos demasiado sublimes, para que pueda negarse el respeto y la admiración á los sábios que, creyendo en él, han trabajado por aproximar en algunas líneas la distancia infinita que separa la inteligencia del hombre, de la Ciencia del universo.—U. J.

Carta de un confitero á su querido.

Yo vivo impaciente, en ascuas,
Por darte pronto las pascuas;
Pero muy confiado estoy,
Si por ventura no voy
Personalmente en persona,
Que Juliana me perdone:
Y por eso sin más demoras,
Te remito esos merengues.

Adorada Juliana: los momentos más dulces de mi vida son los breves instantes que paso al lado de vd. La causa de mis continuos suspiros es el no poder ser ya oficial para casarme. Cuando ántes de ayer noche me sorprendió el principal besando á vd. una mano, me quedé hecho un torron; pero lo pude como un almibar al instante con mis buenas razones. Yo creía que nuestro casamiento estaría en punto de verificarse en estas pascuas; pero aun no he clarificado el negocio del casámen. Esto me entristece, porque estaba muy confiado de poderla á vd. en este año; paciencia: más quiero poner en conserva mi deseo, que hacer un pastel de mi casamiento; porque es vd., Juliana, la natilla de las mugeres y la crema de mis amores. Hablando de esto se vuelve una jalea su apasionado amante. (Hasta la noche).—Ramon Caramelo. (Cop.)

BIOGRAFIA MEXICANA.

DON JOSÉ ANTONIO ALZATE.

En una época en que los medios de instrucción eran tan escasos en nuestro país, en que las preocupaciones, la ignorancia y el error estaban profundamente arraigados aun entre las clases elevadas; cuando no había ni estímulo para estudiar las ciencias, ni esperanza de conseguir por medio de ellas remuneración ni premio alguno, el Sr. Alzate nació dotado por la naturaleza de un carácter enérgico, de un espíritu elevado é independiente, de un talento inclinado á la observación, y sobre todo, de una irresistible afición al estudio de las ciencias. Superando con los mas grandes esfuerzos los obstáculos de todo género, que entonces se oponían á los hombres que consagraban su existencia á la filosofía y al servicio público, el Sr. Alzate adquirió con justicia, durante su vida, una reputación de sábio, y dejó después de su muerte una memoria honrosa, único premio con que la posteridad ha recompensado la infatigable laboriosidad de un eclesiástico estudioso, filentrópico y animado siempre por un ardiente patriotismo, en una época en que aquella sublime virtud era hasta cierto punto un crimen, á los ojos de un gobierno suspicaz, astuto y cauteloso.

El Sr. Alzate nació en el pueblo de Ozumba, perteneciente á lo que entonces se llamaba provincia de Chalco. Debe haber nacido en 1735. Nada sabemos de sus ascendientes, que parece fueron unos pobres cultivadores: el Sr. Alzate tenía la gloria de estar emparentado con la ilustre poetisa mexicana, Sor Juana Ines de la Cruz. Desde su niñez se dedicó al estudio de la literatura, y después á lo que entonces se llamaba filosofía, y á las ciencias eclesiásticas. Abrazó por vocación el estado eclesiástico, y tal vez adoptó tambien esta carrera como mas adecuada á la inclinación predominante que tenía al estudio de las ciencias. Parece que, como eclesiástico, nunca obtuvo beneficios, ni ascensos lucrativos, ni el noble orgullo que lo caracterizaba le habría permitido jamas humillarse para solicitarlos; el aspirantismo y la ambición de empleos no habrían sido capaces de distraerle de su dedica-

ción á la lectura, al estudio de las ciencias, á la contemplación de la naturaleza, y á la observación de sus mas importantes producciones. Como encargado por las autoridades de varias comisiones de interes público, recorrió una grande estension del país, y adquirió en estos viajes aquellos conocimientos prácticos de que carecen siempre los sábios de gabinete, que no salen jamas del estrecho círculo de las teorías y los sistemas.

El Sr. Alzate, privándose sin duda de muchos gozos y satisfacciones inocentes, empleó sus escasos recursos en formar, para su uso y para utilidad de los hombres estudiosos, una biblioteca enriquecida con las obras mas clásicas, un museo ó gabinete de historia natural, y antigüedades del país, y una coleccion de máquinas é instrumentos necesarios para el estudio práctico y experimental de la astronomía y de las ciencias físicas.

La instrucción del Sr. Alzate en *las bellas letras* se manifiesta en la oportunidad y acierto con que cita frecuentemente á los clásicos latinos, en esa polémica que por tantos años tuvo que sostener con los escritores mexicanos y extranjeros sus contemporáneos. Censuraba sin cesar los métodos viciosos de enseñanza, los escritos frívolos y chocarros, el latín bárbaro de algunos profesores de su tiempo, y tantas necesidades, y tantas miserias que se imprimían entonces como ensayos de literatura por algunos hombres sin erudición, sin gusto y sin estudio. No obstante su instrucción literaria, el estilo del Sr. Alzate, aun en materias en que parece debía exaltarse su imaginación y enardecerse su fantasía, es un estilo lánguido, desinflado y negligente. Se habia acostumbrado á no ver en todo sino la realidad de las cosas, desnuda de los adornos con que la imaginación las embellece. Admira la frialdad y calma con que nos habla de su ascension á la cumbre del Iztlazhuatl, de sus observaciones barométricas, termométricas, meteorológicas y botánicas, sin decirnos una palabra de la profunda impresion que debe causar



EL PRESBITERO D. JOSÉ ANTONIO ALZATE.

en el espíritu de un hombre el espectáculo magnífico que presentará á su vista, desde tan grande elevación, este valle de México tan bello y tan estenso, con sus numerosas poblaciones, sus hermosos lagos, y sus pintorescas serranías.

El Sr. Alzate hizo un gran número de *observaciones astronómicas*; y sea cual fuere el grado de exactitud de ellas, siempre es laudable el empeño y astuidad con que se dedicó á esta especie de trabajos, de que muy pocos de sus contemporáneos eran capaces. Por cerca de 30 años se ocupó también empeñosamente en hacer observaciones meteorológicas de mucho interés, y experimentos sobre la electricidad. Algunos de estos experimentos pusieron en peligro su vida, y deterioraron gravemente su salud, por causas que él mismo explica al escribir sobre la construcción del para-rayo. Son recomendables las observaciones que hizo sobre la aurora boreal, que apareció en 1789; apoyó estas observaciones en la refutación que escribió de otras muy inesectas que publicó un anónimo.

El Sr. Alzate imprimió en la Gaceta de literatura, y en otros periódicos, la descripción de muchas máquinas é instrumentos, y el anuncio de muchos descubrimientos útiles para la agricultura, la minería, las artes y la industria.

Dedicó también mucha parte de su vida al estudio de los animales, y publicó observaciones curiosas y llenas de interés, sobre la transmigration de las golondrinas, sobre la historia natural del chupa-rosa, sobre la cria de la cochinilla y gusanos de seda, y sobre muchos insectos de México, apenas conocidos entónces por los naturalistas de la Europa. Son interesantes principalmente las investigaciones que hizo sobre la grana ó cochinilla; los naturalistas de nuestro tiempo poco han adelantado, despues de aquellas observaciones, en el conocimiento de un insecto tan productivo y tan curioso. El Sr. Alzate lo estudió con una sagacidad, con una minuciosidad y exactitud de que solamente era capaz un hombre como él, tan observativo y laborioso.

Con la misma dedicacion estudió las plantas, y de preferencia aquellas que son aplicables á las necesidades y goce de la vida; pero el Sr. Alzate hizo el estudio de los vegetales con la desventaja de no haber querido adoptar el método y clasificaciones de Línneo, ni ningun otro sistema botánico; preocupación que no es estraña en un hombre como él, cuando incurrieron también en ella Buffon y otros naturalistas europeos sus contemporáneos. Grande es la dificultad que se presenta ahora, para conocer las plantas de que trató el Sr. Alzate en sus escritos, por no haberlas clasificado, ni denominado técnicamente, como con poco esfuerzo habría podido hacerlo.

Son de grande interés los escritos del Sr. Alzate sobre la agricultura del país, y es de sen-

tir que no les haya dado mas estension; habia reunido sobre este objeto observaciones y datos muy curiosos.

El Sr. Alzate recorrió y examinó las famosas ruinas de Jochicalco, y publicó su descripción con algunas láminas. Escribió también sobre otros varios puntos de arqueología, y redactó un gran número de notas y adiciones á la *Historia antigua de México*, escrita por el abate Clavijero; aquellas notas y adiciones están todavía inéditas.

La publicación de sus escritos ocasionó al Sr. Alzate muchos disgustos, pérdidas y gastos, y le concitó la enemistad y odiosidades de muchos de sus contemporáneos. Era preciso que así fuese, cuando tenía que atacar á cada paso tantos errores, que ofender tantas preocupaciones, y que derrocar tantas reputaciones literarias mal adquiridas y verdaderamente usurpadas. Le era preciso lidiar principalmente con los escolásticos, con los ergotistas, con los doctores del peripato, hombres animosos, tercos, obstinados, y armados siempre con aquella fuerza de inercia con que la ignorancia resiste tenazmente; fuerza vigorosa, que solamente el tiempo y la civilizacion han podido debilitar muy lentamente. Un literato de tan vasta instrucción como el Sr. Alzate, un escritor que refutaba incessantemente cuanto escribían los estrangeros contra el honor y la gloria de su patria; un sabio que quería ver á su país elevado al mas alto grado de ilustración, y compitiendo en civilizacion con las mas cultas naciones de la tierra; un filósofo que habia conocido la futilidad de las doctrinas que propugnaban las escuelas, se afiliga vivamente de ver la enseñanza entregada, por lo comun, á la dirección de hombres ineptos, de talentos medianos, y de profesores tan ignorantes como sutiles y sofísticos para embrollar el espíritu de sus discípulos sin ilustrarlo, como la araña que en la oscuridad envuelve con su tela á los insectos. Tantas cuestiones con los ergotistas, y con los metafísicos de escuela, empeñaban también al Sr. Alzate en discusiones abstractas, sin interés, y siempre fastidiosas, y le distraían frecuentemente de sus tareas científicas. No obstante, volvía siempre con ardor á la senda de que habia sido estraviado, y no perdía jamas de vista el noble y grande objeto á que consagró siempre sus investigaciones y fatigas; el bien público, la ilustración del país, la aplicación de las ciencias á los progresos de la industria y de las artes, la mejora de las costumbres, el alivio de las necesidades, el socorro del infortunio, y en fin, la *beneficencia*, porque esta sola palabra lo explica todo. Vedaquí el noble designio, el sublime objeto que se proponía el Sr. Alzate cuando escribía para ilustrar á sus contemporáneos, cuando hacia á su costa experimentos útiles para descubrir las verdades de las ciencias, cuando pa-

saba muchos días, y muchos meses y años observando los astros del cielo, y los insectos y plantas de la tierra, ó viajando para conocer su país y describir sus producciones, ó manteniendo correspondencia con los agricultores, con los artistas nacionales, con las academias y sociedades científicas de Europa, para plantar en México todas las mejoras, todos los adelantos con que se enriquecían otras naciones.

Se ha censurado al Sr. Alzate, por el lenguaje tan cáustico de que usaba comúnmente en sus escritos; pero se debe advertir por una parte, que tal era ó poco mas ó menos el estilo de sus contemporáneos; que sus adversarios le atacaban siempre sin urbanidad y sin decoro, y que siempre zaherido y criticado con mordacidad por muchos necios que le injuriaban, aun por medio del anónimo, su espíritu no podía gozar aquella calma y serenidad tan necesaria para escribir con moderación y con dulzura. Sin duda que el carácter del Sr. Alzate era impetuoso, enérgico é irascible, pero la injusticia de sus contemporáneos lo enardecía mas, y mantenía su alma constantemente en un alto grado de exaltación, demasiado penosa sin duda para un hombre tan estudioso como él, y tan observador y laborioso. El Sr. Alzate como otros muchos sábios, tuvo la desgracia de haber adquirido ideas y luces muy superiores á las del común de sus contemporáneos, y la muchedumbre de los necios castiga siempre con el desprecio y con la mofa mas injusta á la superioridad del talento, esperando humillarlos por medios tan infames.

El Sr. Alzate fué honrado muchas veces por las autoridades, con comisiones científicas de grande importancia; pero jamás el gobierno extendió una mano generosa para remunerar de algu-
modo los trabajos literarios del sábio eclesiástico que habia consagrado al servicio de la religión y de su patria, sus estudios, sus viajes, sus investigaciones, y aun los escasos recursos que la ingrata fortuna le habia proporcionado. Jamás el gobierno sacó de la mediocridad al ilustre literato, que gozando de alguna comodidad, habria hecho sin duda á su país servicios importantes.

Mas justos y generosos fueron para con él los extranjeros. La academia de las ciencias de París nombró al Sr. Alzate su socio corresponsal, é hizo publicar muchos escritos del sábio mexicano. Igual honor le dispensaron la direccion del jardin botánico de Madrid y la sociedad Vascongada. La expedicion botánica al Perú dedicó una planta á su memoria.

A la edad de 60 años, el Sr. Alzate, agobiado de fatiga y de merecimientos, se halló incapaz de desempeñar las laboriosas tareas á que se habia habituado; su alma cayó entonces en una profunda melancolía, y espiró á los 61 años de edad,

el 2 de Febrero de 1790. Su cadáver se sepultó en la iglesia de los padres mercedarios de esta capital.

Los escritos del Sr. Alzate serán objeto de un artículo bibliográfico que se publicará en este periódico. Lo que hemos dicho sobre la vida del ilustre eclesiástico basta para conocer su carácter, su alta capacidad y sus patrióticos servicios. Muy rara vez aparecen sobre la tierra hombres que, como el Sr. Alzate, consagren su vida al servicio público, con generosidad y con un desinterés noble y patriótico. Semejantes personas son respetables y dignas de admiración, aun en el siglo de cálculo y de egoismo en que vivimos. ¡Sea siempre venerable para los mexicanos el ilustre nombre de Alzate, y grata su memoria para cuantos saben apreciar en todo su valor las virtudes, la ciencia y el talento!—L. R.



EL AMOR SOBRE UN DELFIN.

¡Tanto lo ha sojuzgado el amor sobre la tierra! Aman las flores, y en los días de su amor su aroma es mas fragante, y mas resplandecientes sus colores. Aman las aves, y agitadas por el amor gorgotean con melodía y se enciende el color de su plumaje. Aman las fieras, y para expresar su amor tienen un mugido, una voz suave. Ama tambien la ponzonosa vibora, y silba con horror si está celosa. Pero ¡qué extraño es que ama sobre la tierra las aves y las flores, si aman tambien en el Océano los peces argentados, y los monstruos del mar tambien son amorosos! Venus al nacer, salió de entre las ondas, y reposando entre una concha fluctaba en el Océano; los peces la seguían, la circundaban los delfines, y atónitos miraban su belleza. El deforme molusco sobre las algas, sale del caracol, y el rosciler y el nacar de su concha se hacen mas brillantes.

Pinio refiere que un delfin amaba mucho á un niño que lo ponía algunas veces sobre su espalda, y que así sureaba con él las ondas del Océano; el niño murió, y murió tambien el delfin, porque lo amaba. Tal vez será un apólogo; el niño será el amor que hiere con sus gacetas á las aves, que doma á las fieras y que sojuzga tambien á los delfines y ballenas.

Cuando la llama del amor abraza á los delfines, entélica como el oro el iris de sus ojos, y sus pupilas resplandecen con el oriente de la perla, y aborren la agua con ansiedad, para arrojarla luego enfurecidos.

LA MUERTE DEL POETA.

TRADUCCION DE LA MEDITACION DE A. LA-MARTINE.

TITULADA:

LE POËTE MOURANT.

El cáliz de mis días se ha quebrado:
Mi pecho en vano gime entristecido;
Siento que de mi cuerpo inanimado,
Huye la vida cual fugaz soplo.

El ala de la muerte me ha tocado:
Todo me anuncia ya mi última hora;
En el horizonte mi adiós ha retumbado...
¡Debo llorar! ¡Debo cantar ahora!

Cantemos, en mi mano está la lira;
Cantemos, como el cisne moribundo
A quien la idea de la muerte inspira
Un canto al despedirse de este mundo.

Si es cierto que nuestra alma es amor santo,
Amor divino, fuente de armonía,
Que se despidió con sublime canto
De la prision mortal en que vivía.

Al romperse la lira da un sonido
Mas puro, mas sonoro; y la luz vaga
Vuelve á ostentar su resplandor perdido,
Cuando la llama trémula se apaga.

El cisne, cuando muere, al cielo mira;
Solo al hombre entristece la última hora:
Huye el tiempo presente, y él suspira;
Cuenta después sus días y los hora.

Pero ¡qué son los días que lloramos!
Un sol; luego otro igual al que ha pasado:
El deleite presente que gustamos
La hora futura pronto lo ha cambiado.

¡Qué es el día! Trabajo, afán, desvelo,
Que el descanso hace á veces tolerable,
O un sueño mentiroso de consuelo
Que precede á una noche miserable.

Que lllore aquel que asilo fuertemente,
Cual náufrago á las ruinas de sus años,

Vé con el porvenir huir de repente
La esperanza, y llegar los desencantos.

No eché raíz en esta tierra impía:
Tranquilo y sin esfuerzo me despidió,
Como la yerba seca al fin del día
Se alza ligera al rápido soplo.

El poeta es como el ave pasajera;
No hace nido en el árbol ni en la playa:
Medido en la corriente placentera
La sigue sin pensar á donde vaya.

Pasa su vida entera en armonía,
Cantando su pesar ó su contento,
Y el vulgo su existencia ignoraría
Si no escuchase el eco de su acento.

Ninguna mano dirigió mi mano
Cuando primero me ensayé en la lira:
El hombre enseña su saber humano,
Pero no enseña lo que el cielo inspira.

¡Aprende acaso el límpido arroyuelo
A dirigir su plácida corriente?
¡Se enseña el ave á levantar su vuelo,
Y á hacer su miel la abeja diligente!

El bronce en la alta torre retumbando
Bajo la influencia del martillo fuerte,
Tan pronto canta ó llora celebrando
El nacimiento, el himeneo, ó la muerte.

Semejante al metal purificado
Que espesa nuestra angustia ó alegría,
Cada pasión que en mi alma ha resonado,
Un acento sublime produce.

Tal el harpa de Eolo que mezclando
Su grato acento con el suave ruido
Del arroyo, produce un canto blando,
Que ya parece risa, ya gemido.

Añónto el viagero se detiene;
Escucha, y de placer enagendado,
No puede adivinar de donde viene
Ese cantar sublime y regalado.

Mis lágrimas mil veces han mojado
Las cuerdas de mi lira; pero el llanto
Fortalece y anima al desgraciado
Cual rayo de esperanza y amor santo.

La nra oprimida en el cristal sagrado
Rebosa convertida en jugo ameno,
Y la flor que tus plantas han hollado
Deja el cielo á tus pies de olores llenos.

Dios formó mi alma con su soplo ardiente,
Cuyo fuego voraz todo abrasaba.
¡Funeo don! ¡Mortifero presente!
Pues en amor mi vida se echálaba.

Cuanto á mi pecho le inspiró ternura,
Al tocarlo, fué á polvo reducido,
Semejante á la misera criatura
A quien el rayo abrasador ha herido.

¡Y el tiempo!—Ya pasó.—¡La gloria!—Insano
Me llamaran si mi alma se acordara
Del eco nulo de un sonido vano;
Y al morir, como un bien lo deseara.

Vosotros que me hablais de nombrada,
Como un tributo á mi saber debido;
¡Atentos escuchad esta armonía.—
¡Ya voló!... Y en el aire se ha perdido.

¡Por qué mezclais tan frívola esperanza
Con la muerte, y queréis que un vil sonido
Sobreviva y entone la alabanza
Del misero mortal que ha fallecido!

Vosotros que me dais eterno nombre
Y pretendéis que mi ceniza fría
Tal vez al siglo venidero asombre,
¡Contais acaso con un solo día?

Desde que vivo, nunca he pronunciado
Sin reirme ese nombre alisonante
Que del delirio humano fué inventado
Para adular su egoísmo agonizante.

Indagué su fugaz naturaleza;
Lo comprimi mil veces con mi mano;
Pero lo hallé vacío cual corteza
Árida que la boca chupa en vano.

Cuando lo arrastra la veloz corriente,
Con la esperanza estéril de la gloria,
Arroja el hombre un nombre en el vertiente
Que conserve y perpetue su memoria

Pero esa ruina que encomienda al mundo
Juguete de las olas, flota y nada
Hasta que se la traga el mar profundo,
Y queda en el abismo sepultada.

Voy á arrojar un nombre en ese Oceano
Que flote, ó que se anegue, todo es uno:
No es mas que un nombre; es un sonido vano
Que á la próxima edad se hará importuno.

Al cisne que con ala magestuosa
Dirige al cielo su sublime vuelo
¡Le importa acaso, si su sombra atrosa
Se ve flotar en el humilde suelo!

Pero ¡por qué cantabas! ¡Por qué canta
Filomela y su dulce voz mezclando
Con la del arroyuelo, nos encanta
Y escuchamos su acento suspirando?

Cantaba como el hombre que respira,
Como el ave que gime, ó como el viento
Entre los verdes árboles suspira,
O ya turba las aguas con su aliento.

Amar, cantar, rezar.—Hé aquí mi vida
Y por ningún deleite bajo el cielo,
Me acercarse ya mi despedida,
Siente pesar mi pecho, ó desconsuelo.

Solo siento el suspiro delirante
Que se echala del alma anonadada;
O el éxtasi amoroso de una amante,
Con amor en tus brazos estrechada.

O sentir, en mi mano, que la lira
Tiembla al verter torrentes de armonía:
Ver el delirio que mi acento inspira,
Reflejarse en pesar ó en alegría.

Verla llorar de amor y de contento,
Como tal vez sucede con la rosa,
Que llena de rocío inclina al viento
Su seno hermoso, y de licor bebosa.

Ver la mirada ardiente que parece
Interrogar la inmensidad del cielo,
Y en el sonido que se desvanece
Subir contenta y dirigir su vuelo.

Y despues, arrojándose á tus brazos,
Su alma en sus bellos ojos reflejada,
Disfrutar en sus pródigos abrazos,
La ventura mortal divinizada.

Ver una idea de su pensamiento,
Pasar veloz por su divina frente;
Perder la vista y el vital aliento;
Querer hablar su boca balbuciente.

Y despues de un silencio prolongado
Oir su voz que dice: "Yo te adoro."
(Palabras que el amor solo ha dictado)
Eso vale un suspiro, eso si lloro.

Un suspiro, un pesar; en vano invoca
Mi lira este último y fatal consuelo;
La mano de la muerte ya me toca;
Ya mi alma va á emprender su eterno vuelo.

Me voy á la mansion de la esperanza,
Adonde el sonido de mi lira;
Adonde el alma la quietud aleanza,
Por la que vanamente aquí suspira.

La fe, luz de nuestra alma, ha penetrado
Con su instinto profético y seguro
Mi densa oscuridad, y revelado
La incierta suerte de mi fin futuro.

¡Ah! ¡cuántas veces mi alma ha precedido
El paso agitantado de la muerte
Y con alas de fuego ha recorrido
El laberinto de mi incierta suerte!

No inscribais nada en mi última morada:
No echéis sobre mi sombra un monumento:
De la piedad mortal no pido nada;
Con un poco de tierra me contento.

Dejad solo un espacio en que coloque
Sus rodillas el misero viagero,
Y al pasar por mi tumba, humilde invoque
A Dios, con corazón puro y sincero.

En el silencio de la sepultura,
Sube al cielo mas grata y mas sincera
La plegaria; y allí la desventura
Encuentra á la esperanza placentera.

Con un pié en el sepulcro el alma olvida
Los lazos que la ligan á la tierra,
Y el horizonte vasto la convida
A salir de la cárcel que la encierra.

Romped, quemad, destruid ese instrumento
Cuya triste y monótona armonía,
Ya no responde al manantial que siento
Correr en mí, de célica poesía.

Voy á tocar la lira placentera
Del coro celestial; y á mis acentos.
Los astros, deteniendo su carrera,
Me escucharán atónitos y atentos.

Y despues... mas la mano muda y fría
De la muerte mis cuerdas ha tocado:

Se rompen; y con lígubre armonía
Se despide el laud inanimado.

Tomad, amigos, vuestros instrumentos:
Cantad, para que mi alma se despida,
Al son de vuestros plácidos acentos,
Y entre armoniosa en la futura vida.

Tepec, 1842.

(Traducida para el Museo mexicano por F. P. E.)



Una niña cogiendo mariposas.

Conna, niña inocente y venturosa; corre veloz, cazando mariposas: que ellas vuelan de flor en flor, inconstantes como tú, contentas como tú, volubles como tu corazón, y como tu fantasía variables y ligeras. ¡Y para qué recoges esas palomillas! ¿Es acaso para alfigirlas y para apriarlas! No; contéplalas, ¡oh niña! escamínalas con curiosidad, y mira qué hermosos son esos insectos, á quienes Dios adornó con unas vestiduras tan brillantes. La seda no es tan fina y lustrosa como sus alas; y cuando vuelan, cuando aletean sobre las flores, cuando se mecen sobre el jazmin, estremeciéndose de placer, de gozo y de ventura, brillan sus alas, radiantes con el fulgor del oro, con los reflejos de la esmeralda, con el fuego del rubí, y con el resplandor de los topacios. Unta ahora en tus dedos ese polvillo que está esparcido sobre sus alas; es un polvo de luz y de diamante; si lo observaras con un lente, lo verías formado de plumillas doradas, diáfanas, centelleantes como las piedras mas preciosas. Voló tu mariposa; y tú sonríes; y corres, y saltas sin cuidados; pero otros días vendrán que no serán para tí los días de tu inocencia, dulces ahora como la miel que liban las abejas. Te sentarás entónces, triste y silenciosa á ver correr las líneas de la fuente; su murmullo te adormecerá; los recuerdos de la niñez enternecerán tu corazón, y llorarás, cuando pase delante de tí una mariposa.—L.

DIALOGO

ENTRE SOCRAATES Y FIDIAS

SOBRE LAS PASIONES.

Un día disertaba Sócrates con sus discípulos sobre la tiranía de las pasiones, y la necesidad de refrenarlas. El joven Fidias, á quien su maestro amaba tiernamente, se acercó á él, y sentado en la tarima de la silla de Sócrates, descansaba su cabeza sobre los muslos del filósofo, abrazando afectuosamente sus rodillas. En esta actitud escuchaba las palabras de Sócrates y sus ojos, fijos sobre el rostro venerable del anciano, se abatían de cuando en cuando con una melancólica languidez.

—El alma, decía Sócrates, está clara y serena cuando descansa en la virtud; pero las pasiones vienen á agitarla, como los vientos que elevan las olas tempestuosas, y que agitan el fondo de los mares.—Cuando las pasiones son moderadas, su agitación es suave, conmueve nuestro corazón; mas su impulso es semejante al del zéfiro, que sacude blandamente las flores; pero no las despedaza.—Cuando las pasiones son demasiado vivas, su influencia es abrasadora, como el fuego de la cañuela.—Entre todas las pasiones, alguna predomina en nuestro corazón; ella se absorbe todas las demás, las estingue, ó al menos las sofoca”.....

Al oír estas palabras, Fidias se hincó repentinamente, y fijó su vista con mas atención sobre su maestro. El filósofo suspendió por algunos momentos su discurso, y luego continuó diciendo:—“No es el corazón que se ha hecho esclavo de las pasiones, el que sufre mas el tormento con que ellas martirizan á los hombres; la situación mas triste para nuestra alma, es aquella en que se ve cuando la pasión y la virtud se disputan el imperio del corazón, y nuestro espíritu intenta inútilmente conciliarlas”..... Un ardiente suspiro que escuchó Fidias, interrumpió las palabras de su maestro; los ojos del discípulo se turbaron; cubrióse el rostro con sus manos, é inclinándose su cabeza sobre el seno del filósofo, procuró en vano contener su llanto. El virtuoso anciano se enterneció; pero luego, recordando su serenidad habitual, les dice á sus discípulos:—“Hay momentos en que el torrente

de las pasiones inunda el corazón; ¡qué dique pudiera entonces contenerle!”..... Sus discípulos se retiraron, y Fidias quedó solo con su maestro. Después de algunos momentos de silencio, Fidias le interrumpió diciendo:

—“Maestro: como el siervo herido que lleva el dardo clavado en su corazón, y se arroja á la fuente para mitigar en ella sus dolores, yo vine á tu escuela traspasado mi pecho con el dardo de las pasiones, y buscando en tu filosofía un antídoto que curase el veneno que roe mis entrañas. Hasta aquí tus palabras penetraban dulcemente en mi alma, y se derramaban en ella como el bálsamo que alivia las llagas de los hombres; pero ahora tu voz ha resonado en mis oídos como el trueno que anuncia la tempestad, y las sentencias de tu sabiduría me hirieron como el rayo.

SÓCRATES.—Cuando el hombre abandona la virtud, una inquietud vaga agita su corazón, que no ha nacido sino para amarla.....

FIDIAS.—Maestro, yo no he abandonado la virtud; pero ¡qué sacrificios me cuesta conservarla!

SÓCRATES.—“Tú amas”.....

FIDIAS.—Yo amo; pero no soy amado; mi amada desdén mis caricias; redoblo mis esfuerzos; pero ellos van á estrellarse sobre su corazón, inmóvil como la roca, que el furor de las olas no conmueve.

SÓCRATES.—Mira hijo: el amor es una dulce simpatía que la naturaleza ha inspirado en ciertos corazones; si ellos no se atraen recíprocamente como el iman y el hierro, los artificios son inútiles para enardecerlos y estrecharlos.

FIDIAS.—Cintia y yo hemos sentido tal simpatía; ¡y quién puede resistir á una atracción tan poderosa!

SÓCRATES.—Luego ¡qué obstáculo se opone á vuestra felicidad!

FIDIAS.—Cintia evita el que sus miradas se encuentren con las mías; si llega á verme, luego aparta su vista como poseída de un terror secreto; yo siento igualmente no sé qué resistencia,

para fijar por mucho tiempo mis lánguidas miradas en los ojos vivos y tiernos de mi amada; ambos tenemos en los labios la copa del amor, y cuando vamos á gustarlo, parece que una voz nos dice dentro de nuestra alma: *Conteneos, no bebais un veneno que despedazará vuestras entrañas.*

SÓCRATES.—Algun secreto guardas en tu corazón. Fidias, una herida oculta no puede curarse, es preciso presentarla á la vista del médico; y si necesario fuere, sufrir que el hierro la divida, y que la sonda la penetre; por dolorosa que sea esta operación, es preciso resolverse á ella, ó resignarse á morir.

FIDIAS.—“Oh maestro! Yo no puedo amar á Cintia, y Cintia no puede amarme; antes que yo la conociese, un juramento sagrado habia ligado mi corazón, y el suyo ya estaba también encadenado.

SÓCRATES.—[Infeliz! Y te atreves á ultrajar á las leyes y la virtud, con un amor que tu deber condena! Deberías á lo ménos respetar la virtud de Cintia, y su inocencia.....

FIDIAS.—Su virtud la hace para mí mas amable; yo sabré respetarla; nunca he tendido á su inocencia lazos seductores; nunca le he dicho: *te amo.* Mas el lenguaje de las grandes pasiones es siempre mudo; quién puede evitar una mirada que se escapa impensadamente, y que revela, sin pretenderlo, los secretos mas íntimos de la alma! ¿Quién puede reprimir un suspiro que se lanza desde el fondo del corazón, y que va á desvanecerse en el seno de nuestra amada! Lleno de incertidumbre y de dudas, yo consulté á un oráculo si podía amar á Cintia; el oráculo me contestó: *El áspid está oculto entre las flores.* Las palabras del oráculo son oscuras; pero sin duda son fúnestas.

SÓCRATES.—Consulta á tu razon y á tu conciencia; éstos son los verdaderos oráculos que deben dirigir al hombre cuando le han extravariado sus pasiones. Los que en estos tiempos se dicen intérpretes de los dioses, son unos embusteros, cuyos enigmas, siempre oscuros no pueden iluminar nuestro espíritu en el caos en que se agitan las pasiones. El que de una mirada incendió los astros, y que puede apagarlos con un soplo, dió al hombre, en la razon, un destello de su divina luz que le dirija en la senda de la vida.

FIDIAS.—Mi amor es puro, es irreprochable, es compatible con la virtud; yo amo sin intereses, sin esperanza.....

SÓCRATES.—Delras ¡infeliz! Falar á las promesas mas sagradas; introducir en el lecho conyugal los celos que perturban el sueño de un esposo; y que envencenan los dias de su existencia; acibarar los placeres domésticos; tender redes á la inocencia, y querer cubrir con el velo de la virtud la seducción mas corruptora!... Fidias: ¿es ésta la filosofía que enseñó á mis disci-

pulos? ¿Es este el fruto que has sacado de mis doctrinas? ¿En qué escuela has aprendido estas virtudes!... ¿Loras, ó Fidias!...; Así el amor ha afeinado tu alma! ¿Dónde están esos vigorosos esfuerzos que hacen al hombre sobreponearse á sí mismo, domando sus pasiones enfurecidas y frenéticas? Pero un corazón locamente enamorado, no es ya capaz de las grandes virtudes de que un filósofo debe ser el maestro y el modelo. Tú, que estás destinado á enseñar al pueblo de Atenas una moral sublime y pura, ¿presentarás en tu conducta un ridículo contraste con tu filosofía!—El filósofo no es aquel que declama contra las pasiones, sino el que sabe refrenarlas. Cuando rodeado de tus discípulos los enseñas con elocuencia la moral que hace felices á las naciones, ellos murmurarán diciendo: *La filosofía de nuestro maestro es muy sublime; pero ¿en dónde está la virtud de Fidias?*

El discípulo enjugó sus lágrimas, y se apartó silencioso de su maestro.—I. M.

EL TLACUATZEN.

Examinando Paley las obras de la naturaleza en que mas resplandece la sabiduría de Dios, hace las siguientes observaciones sobre la bolsa del tlacuachi. “Esta es tambien, dice, una invención propiamente mecánica. La sencillez de la estructura hace que la invención esté mas á nuestro alcance que otras, y que no sea menos cierta. Un falso ó suelto pellejo debajo del vientre del animal, forma una bolsa, dentro de la cual los tiernos hijuelos son recibidos al nacer, tienen un fácil y continuo acceso á las tetas de la madre, son trasportados por ella de un lugar á otro, salen y entran en ella con entera libertad, y hallan un seguro asilo contra toda sorpresa y riesgo. Es su cuna, su refugio, y una máquina para su conducción. Puede dudarse del uso de esta estructura! No es solo un doblar del pellejo, sino un nuevo órgano con huesos y músculos que le son propios. Dos huesos se hallan colocados delante del hueso *pubis*, y unidos á éste como á su base. Estos sostienen y fijan los músculos que sirven para la abertura del saco ó bolsa. A estos músculos se añaden otros antagonistas que sirven del mismo modo para cerrarle, y desempeñan con tal exactitud este oficio, que en un animal vivo apenas puede percibirse dónde está la abertura, sino tirando con fuerza por ambos lados. ¡Hay alguna acción en esta parte del animal, algun proceso derivado de esta misma acción, con que hayan podido ser formados estos miembros? ¡O podrá darse de todo esto alguna explicacion, que no sea recurrir al designio!”.....

LA ESCUELA DE LORD BYRON.

TRADUCCION DE UN FRAGMENTO DE LAS MEMORIAS

DE CHATEAUBRIAND.

En el Ensayo sobre la Literatura inglesa que ha publicado el célebre vizconde de Chateaubriand, ha hecho, como él dice, una pequeña intriga á sus memorias póstumas (*Memoires d'outre-tombe*) publicando algunos fragmentos, entre los que se encuentra el arriba anunciado. En él la pluma del autor de *Los Mártires* respira ya el aire melancólico y solemne de la muerte; se reconoce que ha recordado en cada renglon que iba á legar á la posteridad, el juicio de un muerto famoso sobre otro hombre célebre que tampoco existía ya; y ante el tribunal de una posteridad que ninguno de los dos vería, sus pensamientos han tomado una elevacion solemne, un tono grandioso en el mismo Chateaubriand se hace *triste*. Oigámosle.

“Lord Byron ha dejado una escuela deplorable, y presumo que lo Child-Harold se vió nacer bajo su ejemplo, ó desolarian tanto, como á mí los Renes, que osarían cerca de mí. Los sentimientos *generales* que constituyen el fondo de la humanidad, tales como la ternura de un padre y de una madre, la piedad filial, el amor y la amistad, son inagotables y suministrarán eternamente nuevas inspiraciones á los talentos capaces de desarrollarlos; aunque el modo *particular* de sentirlos, la *individualidad* del espíritu y del carácter, no pueda estenderse ni multiplicarse en grandes y numerosos cuadros. Los pequeños rincones aun no descubiertos en el corazón humano, presentar solo un campo muy estrecho, y en él que nada puede recogerse desde una mano ha segado la primera. Una *enfermedad* no es el estado permanente y natural del alma, para que reproduciéndola se pueda hacer de ella una literatura, como de esas pasiones profundas incesantemente modificadas por la imaginacion de los artistas que las manejan y revisiten de diversas formas.

“La vida de Lord Byron ha sido objeto de muchas investigaciones y calumnias. Los jóve-

nes tomaron seriamente sus palabras magnificas, y las mugeres se sintieron dispuestas á dejarse seducir pavorosamente por este monstruo; quisieron consolar á este Satanas solitario y desgraciado. Y con todo, ¿quién sabe si el no logró encontrar la muger que buscaba, una muger hermosísima y con un corazón tan vasto como el suyo?

“Byron segun la opinion fantasmagórica, era la antigua serpiente que sedujo y corrompió al hombre, solo porque había conocido la incurable corrupcion de la especie humana; era un géneo de fatalidad y de sufrimiento, colocado entre los misterios de la materia y de la inteligencia; que no veía una sola palabra del enigma del universo; que miraba la vida como una ironía afrentosa y sin causa, como una sonrisa perversa del mal; era el hijo primogénito de la desesperacion que desprecia, que reniega y que lleva en sí misma una llaga incurable, se venga arrojando al dolor por el camino de los deleites cuanto se le acerca; era un hombre que no había pasado por la edad de la inocencia, y que no había sido ni aun abandonado y maldito de Dios, porque salió ya réprobo del seno de la naturaleza, porque era el condenado de la nada.

“Tal ha sido el Byron de algunas imaginaciones ardientes. Ninguno de los hombres cuya memoria pasa á la posteridad llega á ella tal como ha sido: pasado algun tiempo comienza su *e-popeya*; se idealiza un personaje, se le transfieren, se le atribuyen un poder, vicios y virtudes que jamás tuvo, se coordinan los sucesos de su vida, violentándolos y haciéndolos plegar á un sistema. Los biógrafos repiten estas mentiras, los pintores fijan en el lienzo estas invenciones, y la posteridad adopta el fantasma. ¿Cuán locos son los que creen en la historia! La historia es un mero embuste. Como la compone y adereza un grande escritor, así queda para siempre, y aun cuando se encontrarán memorias que demost-

sen hasta la evidencia, que Tácito ha contado imposturas, reñiendo las virtudes de Agrícola y los vicios de Tiberio, Agrícola y Tiberio quedarían como Tácito los ha hecho.

“En Byron se encuentran dos hombres diversos; el hombre de la naturaleza, y el del sistema. El poeta advirtiendo el papel que el público le hacia representar, lo acepta y se pone á maldecir al mundo, que al principio miraba solo fantásticamente: esta marcha es sensible en el órden cronológico de sus obras. En cuanto al carácter de su *genio*, lejos de tener la universalidad que se le atribuye, es por el contrario bastante limitado á un género: su pensamiento poético y apasionado es siempre un gemido, una queja, una imprecacion, y en esto es admirable. Al poeta deben pedírsele sus cantos y no sus pensamientos.

“Lord Byron tuvo un talento grande y variado, aunque de influencia funesta y de una naturaleza propia para agitar: había leído bien á Voltaire y lo imitó muchas veces. Cuando se sigue paso á paso en su carrera al gran poeta inglés, es fuerza admirar de qué manera comprende su asunto, como casi nunca se extravía del objeto propuesto, el modo con que se conserva siempre en la actitud conveniente y el arte con que lo arregla todo, para arrastrar en su favor: si algunas veces afecta un carácter original, bizarro y singular, esto en general proviene del carácter inglés. Por otra parte, si Lord Byron ha espido su *genio* con algunas debilidades, el porvenir se ocupará poco de estas miserias, si no es que las ignora del todo: el poeta ocultará al hombre; entre él y las razas futuras se interpondrá el talento, y al traves de este velo divino la posteridad no percibirá mas que al Dios.

“Lord Byron ha constituido una época, y ha dejado tras sí una huella profunda é imborrable.

“El accidente que lo hizo cojo, y que tanto aumentó su carácter salvaje, no habría debido aflijirlo; puesto que no le impidió ser amado. Mas desgraciadamente el poeta no colocaba siempre sus afecciones á bastante altura, y las recibía de muy bajo.

“Compádezcamos á Rousseau y á Byron, de haber incensado alures poco dignos de sus orofundas: tal vez araravos de un tiempo del que cada minuto pertenecía al mundo, no quisieron mas que el placer, dejando á su *genio* que lo transformara en pasion y en gloria. A sus lirias tocaban la melancolia, los celos y los dolores del amor, mientras que á ellos no pertenecía mas que la voluptuosidad y su suave sueño: buscaban fantasías é infortunios, lágrimas y desgracias, la desesperacion de la soledad, la inspiracion de los vientos, de las tinieblas, de las tempestades, los bosques y los mares, y venían á componer para sus lectores los tormentos de Child-Harold y de Tom. I.—C. I.

Saint-Preux sobre el seno de la *Padoana* y del *Can de la Madonna*.

“De cualquier modo, en el momento de su delirio la ilusion del amor era completa; por lo demas, bien sabian que estrechaban en sus brazos la infidelidad misma, fugitiva como la aurora, y ella tampoco los engañaba con un falso semblante de constancia, ni se condenaba á seguirlos cuando se extinguiera la ternura de alguno de los dos. Sumado todo, Juan Santiago y Lord Byron han sido desgraciados: esta era la condicion de su *genio*: el primero se ha envenenado, y el segundo fatigado de sus excesos y sintiendo la necesidad de ser estimado, ha vuelto á las riberas de esta Grecia en la que su musa y la muerte lo han servido á su vez tan bien.”—M. O.



LA MIEL DE LAS FLORES.

Dios había criado miel con abundancia en los nectarios de las flores; el colibrí y la mariposa, las luciérnagas y otros insectos chupaban aquel nectar, se empalgaban y se embriagaban de placer con su dulzura; pero el hombre no habría aprovechado jamas aquel fragante alimbar, y sus labios apenas lo hubieran saboreado, chupando algunas flores. Dios crió á la abeja, y los enjambres susurrantes de estas mosquitas de oro y de esmeralda se espacieron con rapidéz sobre las flores, absorrieron su miel, y fabricaron sus panales. El hombre cultivó entonces las plantas con esmero, colonizó sus jardines, poniendo dentro de ellos colmenares, y recogió con placer la cera, y la sabrosa miel que las abejas habian almacenado. Y al aprovechar el hombre estas producciones se olvidará de un Dios que crió á la abeja, y que hace que las plantas destilen miel en los nectarios de las flores!



EL QUERUBIN.

Es puro y es hermoso como todos los espíritus que circundan el trono del Señor; su aspecto resplandeciente como el sol, y blancas como la luz sus vestiduras; pero cuando Luzbel se rebeló contra su Dios, el Omnipotente armó el brazo del Querubín con espada de fuego centellante, y lo hizo el mensajero de su poder, y el ministro de su ira formidable. Desde entonces el Querubín que reposaba á los pies de Dios, se levantó ardiente como el rayo, veloz como los vientos, empuñó la fulgente espada, y los arcángeles temblaron, y á su vista se estremecieron los ángeles del cielo. Vedlo, que bello es, y que temible se presenta ese ministro alado de la ira del Señor Omnipotente! Cuando se irrita, su rostro se enciende como el sol que reverbera en medio de los cielos; si mira airado hácia la tierra, relampaguea con sus ojos, y sale de su boca un aliento abrasador que todo lo consume; su nariz se respira nubes que llamas, y erizada su rúbia cabellera, resplandee como los destellos del sol, que se hunde en el Ocaso; su sombra es un fantasma gigantesco, es una nube pálida que ofusca las estrellas, es el livido espectro de la muerte. Sus alas, más grandes que las alas del condor, fulgurán como las plumas del colibrí con los colores más brillantes. Tal es el Querubín en cuya mano puso Dios aquella espada encendida que todo lo devora; no es el rayo del impotente Júpiter, que una aguilta tiene asido entre sus garras; es una arma más destructora que la centella de los cielos; es una espada cuyo reflejo solo inflama cuanto toca; si con ella hubiese herido á Luzbel, lo hubiera aniquilado; el brazo del Que-

rubín, hizo vibrar aquella espada sobre la frente de Satán y de sus ángeles, y se incendiaron como el metal que hierre entre las llamas; el fuego devoró á aquellos espíritus, y se desplomaron al abismo, chispeando todavía como carbones encendidos.

Ved cual se lanza sobre ellos el Querubín, hendiendo el caos oscuró como un astro que cae, y dejando tras sí una huella de luz como la cauda que arrastran los cometas; vedlo cómo encadenando á Satanás y á los ángeles de maldición que le siguieron, cierra el ayerno y lo asegura con un sello de bronce; al impulso del Querubín crujen las puertas de diamante, y resuenan las lóbregas cavernas.

El hombre en el paraíso había perdido su inocencia, y el Querubín baja á la tierra, le arroja de aquel sitio de delicias, y ciuda sus puertas, girando como una escalacion, en derredor de aquel Edén afortunado.

En una comarca de Judea, algunas ciudades habían provocado la ira de Dios; el Querubín descendiende de los cielos, esgrime su fulminea espada sobre las ciudades infortunadas, y se abrase, y se convierten en pavesas que el viento ha disipado; por mucho tiempo aquella comarca no fué mas que un lago de fuego; ahora un mar en cuyas aguas se enciende todavía el azufre y se inflama el betún, que flota entre las ondas.

El Querubín bajó al Egipto; eshaló sobre aquel país un soplo de muerte, y las tinieblas lo cubrieron; recorrió la ciudad de Faron, veloz como un relámpago, y donde quiera que el destello de su espada caía, morían los primogénitos

de aquella nacion; porque la muerte le seguía como una sombra, y espiraba aquel á quien heria el resplandor del Querubín, y aquel á quien su sombra había tocado.

Cuando Jesucristo estaba en el Gólgota, clavado en una cruz, el Querubín descendió del cielo, pálido y nebuloso como un astro eclipsado; voló giñiende en torno de la cruz, desplegó sus alas sobre la tierra, y el sol se oscureció, la luna se tiñó de sangre, y las tinieblas estendieron un velo fúnebre sobre el universo; vibró su espada refulgente, y una luz cárdena y triste alumbró por algunos instantes el abismo; levantó entónces hácia los cielos su arma fulminante, se acercó á Jesús, tocó con su mano aquella frente traspasada de espinas y salpicada de sangre, y los labios del Querubín imprimieron un beso de muerte sobre los labios tremulos del Unigénito del Padre; así recogió el Querubín de Edén el postrimer suspiro del Redentor, el último gemido que sale de un corazón lleno de amor y de piedad hácia los hombres; cuando Jesucristo espiró, el Querubín fijó su vista airada sobre la tierra, y los montes se estremecieron; se despezaron las rocas que forman las cavernas, y los muertos salieron de sus tumbas; porque el ministro de la ira de un Dios había visto cumplidos los decretos de su Señor; porque un deicidio horrible había sido consumado sobre la tierra.

Dios quiso, poco ha, manifestar al hombre su poder, y el ángel de su ira bajó desde el Empíreo hasta los floridos campos de Anáhuac; el Querubín reposaba sobre una nube oscura y tempestuosa; los rayos se cruzaban en todas direcciones, bramaba el huracan, y la nube se desplomaba sobre la tierra, como un acreolito centellante. El Espíritu blandió su espada ardiente, tocó una colina con su pie, y la tierra crugió de espanto; se desgajaron las montañas, las cavernas se estremecieron y resonaron con estruendo; el suelo se hendió profundamente; una costra de rocas que cubria muchas leguas de estension, se levantó como se elevan en la maré las ondas del Oceano, un estallido formidable retumbó entre lejanas serranías, y apareció el Jorullo, ceshalando por cien bocas torbellinos de fuego y humo, lanzando hasta los cielos rocas candentes, esparciendo cenizas y derramando á torrentes sus lavas derretidas.

Después... ¡Ah! ¡cuántas veces hemos visto al Querubín de Edén, volar sobre la tierra, derramando la ira de Dios, como una copa de hielo que hierve y que rebosa! ¡Cuántas veces le hemos visto aparecer como un cometa errante y pavoroso, anunciando la guerra y la venganza, la peste, la desolacion y el esterminio de los hombres! El cólera, que devastó poco ha la tierra, cubriendola de victimas, y colmando las tumbas de cadáveres; el cólera que ha dejado tras sí por todas partes recuerdos tan luctuosos; el cólera

no era mas que la sombra del Querubín, cuya espada relucía como un meteoro circundado de pálidos vapores. Cuando aquel mensajero de la ira de Dios atravesó el Oceano, las ondas se cubrían de niebla, y chispeaban con la livida luz de los relámpagos; cuando el Querubín pisó las playas del Anáhuac, las aves graznarón y se retiraron á sus nidos como cuando se eclipsa el sol en medio de los cielos; las fieras ahuyarón, y se escondieron en sus cavernas solitarias; los hombres temblaron, y se empalidecieron sus semblantes. Una noche el Querubín apareció en la cima del Popocatepetl, y su cumbre y la escolta frente del Iztaccihuatl, concitieron con el fulgor de la tempestad. Y humearon estos montes; y una niebla triste se estendió por el hermoso valle, y se deslizaba sobre los lagos cristalinos; por un momento el Querubín de Edén contempló desde la montaña la populosa México, escuchó el rumor de la muchedumbre que corria águita y llena de pavor; y á la luz de una luna, que cual lámpara funebral iluminaba el valle, contempló entorpecido esta ciudad entrecasida con sus cien torres, con sus palacios y jardines, con sus vergües y sus lagos; un velo triste cubría ya á la turbulenta ciudad; una fúnebre sombra la hacia aparecer como un fantasma, que reposaba y que gemía, sentado junto al márgen de los lagos. El Querubín de Edén despliega al fin sus alas, y baja sobre México, vibra su mano la fulminante espada, y sus labios pronuncian una fatal palabra de muerte y de esterminio; la multitud se agita y se conturba; una palidez mortal cubre los rostros; un sudor frío los humedece; por todas partes se oye un clamor, un suspiro, un *¡ay!* que penetra el corazón como una saeta; el Querubín sentado entonces sobre aquel caballo pálido en el que cabalgaba la muerte, según S. Juan, recorre la ciudad por muchos dias, y á su aspecto caen los hombres sin movimiento, como si el rayo hiriese sus cabezas. ¡Ah! ¡cuántos millares de victimas, cuántos cadáveres, cuántas lágrimas, y cuánta orfandad dejó tras sí el ministro, el vengador del Dios Omnipotente!

Si tal es la ira de Dios; si tan formidables son los estragos que causa sobre la tierra la espada de aquella ira, vibrada por el brazo del Querubín de Edén, ¡qué será cuando en la consumacion del tiempo, la diestra del Señor arrebatte al Querubín la espada fulgurante, para herir con ella y para amigular al universo! La mano de Dios recogerá entónces las Pleyadas y todas las estrellas de los cielos; recogerá á Saturno á Júpiter, la Tierra, y todos los planetas; recogerá los cometas, errantes ahora en el abismo de los cielos, y comprimiendo al universo como á un globo de arcilla, lo desmenuzará, y esparcirá en el caos sus átomos, para formar con ellos nuevos mundos.—L. R.

ORNITOLOGIA.

LOS NIDOS DE LAS AVES.

CUANDO se observa atentamente la destreza y sagacidad que manifiestan las aves en la construcción de sus nidos, la forma que les dan, la situación en que los colocan, y el esmero con que los revisten en lo interior, con los mas suaves tapices, se inclinaria uno á creer que las aves, en los trabajos de la nidificación, han sido dirigidas por una verdadera inteligencia; pero al considerar que la construcción de los nidos ofrece muchas veces dificultades que el talento no podría preveer ni mucho menos superar, no se puede menos de reconocer y confesar, que la nidificación es obra del instinto, y por consiguiente una prueba incontestable de la sabiduría de Dios, y de la profunda prevision con que ha proporcionado y coordinado todos los medios necesarios para que los seres organizados se reproduzcan, y sus especies se conserven. Paley ha demostrado hasta la evidencia que la nidificación es un resultado del instinto, ó lo que es lo mismo, de propensiones irresistibles que Dios ha dado al hombre y á los brutos, propensiones verdaderamente innatas, independientes de toda instrucción y que preceden siempre á la reflexión y á la experiencia. Apoyaré esta opinion, que para mí es exacta, con algunas consideraciones que naturalmente sugiere la observacion, y espondré al mismo tiempo sencillamente los hechos y las mas notables circunstancias de la nidificación.

Jamas una ave se ocupa en fabricar un nido, sino cuando los deseos de su amor han sido satisfechos, cuando los gérmenes de su reproducción se han fecundizado, ó bien cuando aquellos gérmenes, aunque infecundos, se han desarrollado cuanto era preciso, para desprenderse del ovario, ó en fin, cuando se siente agitada por un deseo amoroso, en circunstancias en que no le es dado satisfacerlo. En el primer caso, es decir, cuando una ave por la primera vez, está para poner un huevo del que va á nacer su prole, sentirá sin duda achaques é indisposiciones á que no estaba acostumbrada; pero sea cual fuere el cambio que experimente en el modo de vivir á que está habituada, nada de cuanto pasa en ella puede hacerle preveer que va á arrojar un huevo, que este huevo, ya fecundizado, contiene den-

tro de sí un polluelo, y que, para salir del cascaron aquel pajarillo, necesita que el huevo sea depositado en un nido, abrigado, y calentado constantemente cierto tiempo. Hasta el dia en que una ave llega á poner el primer huevo, nada habia arrojado ella de su seno, que no fuese inmundado y despreciable; así es que, la primera vez que una ave se halla dueña, solamente debia sentir la necesidad de arrojar de sí una materia extraña; ¿de dónde, pues, nace en ella, aquel desseo tan vivo, aquella urgente necesidad, con que se apresura á construir un nido, y aquel esmero con que lo fabrica de tal manera que pueda servir para un designio, que ella ignora, para guardar en él como en una cuna, algunos huevos, para empollarlos, y para preservar de todo riesgo aquellas producciones, para ella tan extrañas! ¿Podrá acaso esta ave hacer reminiscencia de la manera con que se hizo la incubacion del huevo en que nació ella misma, y del arte con que estaba construido el nido donde ella vió, al nacer, la luz del cielo? Semojante suposicion seria insensata, seria absurda. Cuando la ave de que tratamos, salió del cascaron, ya habia sido construido el nido en que nació, y ya la incubacion se habia verificado. Los polluelos de algunas especies de aves salen del nido luego que nacen, para no volver á él; los de otras, por el contrario, habitan por muchos dias dentro del nido en que nacieron; pero mientras viven en él, son unos pajarillos debiles, implumes, que permanecen casi inmóviles en un mismo sitio, y cuya vida se reduce á comer, á dormir, á chillar, y cuando mas, á preludiar algun silbido. No pueden, pues, estos pajarillos ocuparse en escaminar la manera con que su nido ha sido fabricado; y diré mas todavía, no podrian comprender su construcción, aun suponiendo que tuviesen la extraña curiosidad de escaminarla. Cuando aquellas avecillas adquieren mayor desarrollo, y por consiguiente mayor aptitud para observar la estructura del nido que habitaron, lo abandonan para no volver á él, para no acordarse de él, y comunmente para no asociarse ya con las aves á quienes deben su existencia. Así es que, si una ave estuviera abandonada á su propia capacidad, se hallaria en el estado de la mas comple-



Lito. Callejon de S. Clara N.º 8.

Nidificación

Nidificación de las aves

ta ignorancia é imprevisión sobre la manera con que debía construir su nido, cuando por la primera vez tuviese necesidad de fabricarlo.

Sería tambien una necesidad suponer que aquella ave habia aprendido el arte de la nidificación, ó por la observación ó por la instrucción que otras aves le habian comunicado. Por admirable que sea la sagacidad que las aves manifiestan en los trabajos de la nidificación, no llegan al punto de que una ave se ocupe en observar, ni aun pasageramente, la manera con que construyen sus nidos otras aves. Toda la vida de ellas se pasa únicamente en buscar su alimento, en emigrar algunas veces á muy largas distancias, en guarecerse de las intemperies, en escaparse de la voracidad de otras aves ó de otros animales, en dormir y en gozar del amor, cuando su organización adquiere cierto desarrollo.

Sería tambien absurdo suponer que las aves se comunican unas á otras la instrucción necesaria para formar sus nidos, y aun cuando tal suposición fuese admisible, quedaria en pie la dificultad de saber quién habia enseñado primitivamente el arte de hacer nidos á la ave, cuya instrucción se habia transmitido á las demas por una tradición y por una enseñanza inescribible; y digo *inescribible*, porque como se verá despues, hay en la construcción de los nidos tal arteficio, tal sagacidad, que el hombre mas inteligente no habria podido inventar obras mas adecuadas al objeto á que han sido destinadas, ni menos preveer y evitar eficazmente los peligros de destrucción á que están expuestas tales obras. Las aves no comunican instrucción alguna á sus polluelos; no tienen ni los medios, ni los instrumentos necesarios para recibir y comunicar tal enseñanza. No cabe duda en que las aves tienen un verdadero idioma, cuya clave está solamente al alcance de ellas, y mas aun, de la Suprema Inteligencia que las hizo capaces de hablar un lenguaje, indispensable muchas veces, para satisfacer sus necesidades mas urgentes. Pero cualquiera puede observar que aquel idioma, muchas veces melifluido y armonioso, no tiene expresiones, acentos y cadencias, sino las precisas para expresar el placer ó la melancolía, para que los polluelos pidan á sus padres su alimento, para que sus padres los llamen cuando encuentran que comen, ó si andan descarrillados. Tienen tambien entonaciones para manifestar su ira ó su temor, para anunciar el peligro de que están amenazadas, y principalmente para llamarse entre sí las aves de uno y otro sexo, para acariciarse y para desahogar sus ansias amorosas. Pero algo mas que esto se necesitaría para que una ave pudiese enseñar á otras el arteficio, muchas veces complicado, de la nidificación. Sería preciso para comunicar tal instrucción, hablar un idioma muy rico de palabras, y que tuviese expresiones adecuadas para explicar con ellas el

sitio en que debía construirse un nido, los materiales de que se debía usar para su construcción, dónde se podria hallarlos, cuáles podrian sustituirlos en ciertas ocasiones, y la forma en que debian colocarse, unirse y enlazarse entre sí aquellos materiales, con solidez y con acierto; teoría difícil y muy superior á los medios de comunicación con que las aves pueden entenderse. Un arquitecto que enseñase á su discípulo el arte de edificar un templo, no tendria para ello mas trabajo, que el que tuviera un avion para enseñar á otros aviones la manera con que debian construir sus nidos.

La experiencia misma muy poco enseña á las aves, sobre los recursos que deben emplear para formar sus nidos, y rara vez les sugiere introducir en su construcción innovaciones y mejoras. Una ave que por cinco ó seis años haya hecho nidos, cuando fabrica el último está tan diestra y tan instruída en la ciencia de la nidificación, como lo estaba al construir el primer nido; y este nido que fabricó por la primera vez, y que podria haber sido un ensayo imperfecto y defectuoso, es en su clase una obra tan perfecta y tan inmejorable, como lo sería el vigésimo, si veinte nidos construyese.

Un hecho manifiesta hasta la evidencia, que la destreza de las aves en la nidificación, es independiente de toda instrucción, de toda experiencia, y de cualquiera especie de enseñanza. Dos pajarillos, macho y hembra, que hayan salido del cascaron, no por una incubación natural, sino empollados los huevos en un horno, estos dos pajarillos que se hayan criado separados de toda especie de aves, llegado el período de su reproducción, construirán sus nidos con la misma destreza y sagacidad, en la misma forma con que los edifican todos los de su especie, y aun emplearán para su obra los mismos materiales. Las gondonas que nacen en nuestro pais por la primavera, pasan lo restante del año bajo otros climas, sin ver jamás construir un solo nido, y cuando vuelven en la primavera siguiente ya están tan diestras en los trabajos de la nidificación, como las que se han ejercitado en ella mucho tiempo.

El instinto que Dios ha dado á las aves para construir sus nidos, se pone en acción en ciertas circunstancias, aun cuando las aves no han procreado, ó cuando los huevos que la hembra ha puesto no han sido fecundados. «Presentad, dice un naturalista, á un pajarero encerrado en una jaula un espejo en que su imagen se refleje; creará tener á la vista una hembra, cesará de cantar, y buscará por todas partes materiales con que construir un nido; dad á una hembra un canastillo donde pueda poner, y la veréis depositar allí sus huevos infecundos y calentarlos cuidadosamente, aunque sin fruto; porque libres ó cautivas, la naturaleza domina á las aves imperiosamente, sin